

VII

Mediados del mes de mayo. En Gelida la exasperación de los siervos y aloers no había aminorado ni un ápice respecto a las jornadas precedentes. Más bien todo lo contrario, había ido acentuándose de forma gradual debido a las numerosas tropelías realizadas por el conde Bonfill. Las continuas algaradas en lugar de ser de menor intensidad, como hubiera sido aconsejable a efectos de calmar los encendidos ánimos de la población, resultaban ser cada vez más severas.

Hacía días que el conde de Sinderet se preparaba sin descanso para la guerra, no tanto porque creyera en un próximo enfrentamiento contra los omeyas, sino por estar siempre disponible para cuando llegara el momento. Gracias a la agradable temperatura, el patio de armas del castillo se había convertido en un magnífico campo de entrenamiento donde se habían instalado diversas construcciones. Se dispusieron en función de su dificultad y en relación con el ejercicio que se iba a practicar en ellas a fin de facilitar una correcta asimilación, amén de una adecuada fortaleza física. Ayudados por los soldados que posteriormente se ejercitarían en el patio de armas, los sirvientes ubicaban con esfuerzo las pesadas tarimas de madera. A continuación, situaron cuatro muñecos confeccionados de paja que simulaban hombres armados, también pusieron algunas dianas apoyadas en los gruesos muros del castillo, en las que se apreciaban distintos círculos de colores y cuya función era señalar el grado de puntería.

Una vez finalizados los preparativos, el conde de Sinderet ordenó formar tres grupos. El primero estaba integrado por veinte soldados, que empezaron a realizar movimientos simples con la espada formando parejas, de ese modo aumentaban gradualmente la dificultad de los ejercicios hasta llegar a combatir más en serio. Al terminar la sesión lo más probable era que acabasen con algunos rasguños en su cuerpo. El segundo grupo lo componían diez guerreros, tres de ellos se adiestraban arrojando la lanza a los muñecos de paja que rodaban sobre sí mismos al ser alcanzados, mientras los otros siete superaban las tarimas con gran agilidad. Por último, el conde de Sinderet y el veguer del castillo se habían encaminado a la zona de las dianas, ubicada a unos cinco estadales de distancia. Tras coger una flecha de sus respectivos carcajes de cuero, la colocaron con precisión sobre la cuerda y se dispusieron a disparar el tensado arco. A pesar de que el veguer era realmente bueno, el conde Bonfill vencía la mayoría de las veces. En esa ocasión no se trataba de un concurso, ni tampoco habían acordado ninguna apuesta que pudiera ofrecer mayor emoción a sus disparos, en ese caso se enzarzaban en una especie de oculta competición que les hacía exteriorizar su complacencia en vencer siempre a su contrincante.

Los ensayos físicos se realizaban casi a diario y constituían una de las muchas obligaciones de los señores, pero esos severos ejercicios eran aún más continuados cuando hacía acto de presencia el buen tiempo. Si querían vencer a sus enemigos no podía ser de otro modo: ya fuera a campo abierto donde los combates eran más fulminantes, o

en un hipotético asalto donde debían luchar con uñas y dientes en feroces embates para defender las murallas.

A mediodía, transcurridas algunas horas de intenso entrenamiento, el conde Bonfill decidió que dos de sus soldados y él —dejando al veguer como responsable del castillo— montaran sobre sus caballos para ejercitarse fuera de los límites de Gelida. El conde de Sinderet tenía la intención de cabalgar por los caminos polvorientos que conducían a algunas masías pertenecientes a sus campesinos. Después de haberse aleccionado a conciencia, para él era bastante usual terminar su entrenamiento a lomos de su caballo, con el propósito de disfrutar la montura y sentir el aire en su rostro. Le agradaba cabalgar alternando el ritmo y por ello indicaba al animal que cambiara del paso al trote y del trote al galope. Cuando su caballo alcanzaba la máxima velocidad —dejando atrás una gran polvareda producida por el choque de los cascos con la tierra— percibía una gran emoción y en especial unos sentimientos de poder irrenunciables.

—Creo oír un trote de caballos: viene alguien —al advertir el peculiar sonido, Pere avisó a sus compañeros de inmediato—. Debe ser el conde.

—Sí, yo también lo he escuchado—afirmó Ernest.

—¡Ha llegado el momento que hemos estado esperando! ¡Por fin se verán cumplidas nuestras oraciones! —exclamó Marçal, que manifestaba una repentina ansiedad.

En el espeso bosque situado al margen del camino que conducía directamente a la masía de Marçal, los tres payeses resolvieron poner fin a las gravísimas penurias que padecían desde hacía tiempo. Gracias a un sirviente —trabajaba en el castillo del conde de Sinderet— averiguaron que el noble iba a encaminarse hacia la masía de alguno de ellos, con el objetivo de realizar alguna tropelía. En la última reunión que realizaron en su propio hogar, Marçal convenció al resto del grupo que debían atacar al conde Bonfill, siempre que la realización del acto tuviese garantías de éxito. Intentaron agredirle anteriormente en dos ocasiones, pero siempre cabalgaba escoltado por un numeroso grupo de soldados a modo de protección. En esa ocasión, después de haber obligado con firmeza al sirviente a ser más conciso, lograron conocer los detalles del trayecto que iba a realizar, aunque lo que no pudieron saber era quienes o cuántos le acompañarían. Para que su plan resultara más efectivo colocaron varios troncos con la finalidad de cortar el acceso, que se habían derrumbado debido a un temporal acontecido dos jornadas atrás.

—¿Quién es? ¿Es el conde de Sinderet? ¿Si es así, cuántos soldados le acompañan?
—Ernest tenía el habla entrecortada a causa de su actual temor.

—Sí, es el conde Bonfill acompañado por dos guerreros —Marçal estaba más sosegado que sus dos compañeros—. Es la mejor ocasión que hemos tenido hasta ahora y debemos aprovecharla porque no se volverá a repetir.

Desde que la idea de finalizar con los crueles ataques pasó de ser un improbable deseo a convertirse en una realidad bien estructurada, Marçal se erigió en el cabecilla de la rebelión. Fue él quien trazó las líneas adecuadas y dio a conocer que la única manera de acabar con esas desgracias era parando los pies al conde de Sinderet. Por otro lado, el aloeer era consciente de que después podrían ocurrir dos cosas: la primera era saber si Guillem de Sinderet tomaría la venganza por su mano y resultaba el remedio peor que la

enfermedad. La segunda estaba relacionada con la inestabilidad que actualmente existía en los condados, que hacía suponer que no se tomarían ningún tipo de acciones punitivas o, si las hubiera, seguramente no podrían compararse con los ataques anteriores. Los restantes campesinos estuvieron plenamente de acuerdo con su protagonismo, unos por no querer ser los responsables directos del incómodo plan, otros porque tenían pánico a las lógicas represalias del conde si su intento no transcurría como pretendían, aunque si resultaba efectivo también saldrían beneficiados. De todos ellos, Marçal era quien había salido más malparado, la trágica muerte de su esposa e hija le había hecho tomarse ese asunto de forma personal.

—Permaneced muy atentos —dijo Marçal—, cuando vean que los troncos les impiden el paso, los dos soldados desmontarán con el propósito de apartarlos del camino. Será en ese preciso instante cuando nos abalanzaremos sobre el conde, sin demostrar ningún resquicio de duda. Debemos ser rápidos para que los guerreros no tengan tiempo de desenvainar sus espadas, tampoco debemos consentir que el conde Bonfill use la suya porque seríamos hombres muertos debido a su innata habilidad. Aunque algunos hayamos formado parte de la hueste de Borrell II, el conde de Sinderet es uno de los mejores luchadores.

Poco después los tres hombres arribaron al lugar donde se ubicaban los gruesos troncos caídos. Tal y como Marçal había vaticinado, los dos soldados descendieron de sus caballos y se dirigieron con prisa hacia los leños con el propósito de apartarlos del camino, creando de ese modo cierta distancia entre ellos y su señor, que aguardaba montado en su silla y exponiendo indiferencia. Cuando el aloer percibió la momentánea soledad del conde avisó a sus compañeros para que estuvieran listos.

—Ahora —dijo con un susurro.

Ambos soldados —aún sujetaban uno de los pesados troncos— no daban crédito a lo que veían sus ojos. Sin saber de dónde procedían, vieron como tres hombres armados —dos de ellos con espada y el tercero con una daga en su mano derecha— saltaban con soltura encima del conde Bonfill desde una pequeña pendiente oculta tras la espesa vegetación, y tras el choque cayeron al suelo. A causa del repentino alboroto, los tres caballos galoparon asustados en dirección al castillo. Los tres valientes aloers habían estudiado su acción a la perfección, con rapidez clavaron sus afiladas armas en el cuerpo del ilustre señor, que a pesar de haber podido desenvainar su espada, no pudo defenderse con eficacia. A partir de ese instante, el peligro residía en los dos guerreros que corrían hacia los asaltantes espada en alto, manifestaban ira hacia el trío de campesinos y temor por el estado de su señor. Sudaban a borbotones a causa del esfuerzo realizado con los troncos. Eran mejor luchadores que los payeses, pero estos consiguieron abatirles gracias a ser uno más. Los campesinos estaban exhaustos por la acalorada refriega y de inmediato acordaron trasladar los tres cadáveres al frondoso bosque con el objetivo de esconderlos con minuciosidad, a fin de que no fueran descubiertos. Sin embargo, a raíz del nerviosismo no pudieron hacerlo tan bien como hubieran deseado. Lo que los tres asesinos querían —con la mayor ilusión— era regresar a sus respectivas masías y rezar para que el cuerpo del conde permaneciera bajo la húmeda hojarasca para siempre.

En lo alto de la muralla, un soldado que realizaba tareas de vigilancia advirtió la llegada al galope de los tres caballos desbocados que accedían al patio de armas con la mirada extraviada a causa de la conmoción sufrida. El militar permanecía atónito ante esa

extraña aparición, pero tras una breve indecisión reconoció el equino de su señor, pues desde hacía varios meses acostumbraba a cabalgar siempre con el mismo ejemplar. Presintió que algo grave había acaecido, ya que era muy insólito que regresaran los animales sin sus jinetes. Al observar la partida de los tres hombres, esa mañana caviló que la escolta del conde era insuficiente para adentrarse en el bosque.

—¡Atrapadlos enseguida y tranquilizadlos! —gritó con todas sus fuerzas para que lo oyeran los demás soldados, que no advirtieron la llegada de los caballos—. ¡Avisad al veguer y a la condesa Virgilia, rápido!

A esas horas predominaba una sosegada quietud, pero alertados por la algarabía cinco guerreros se apresuraron hacia el patio de armas para comprobar el origen de los exagerados alaridos de su compañero. No hizo falta comunicación alguna, y se percataron de la gravedad de la situación al ver los animales trotando en círculos y bufando. Controlados los equinos y conducidos a los establos, tres de los cinco soldados permanecieron a la espera y los otros dos se apresuraron a avisar al veguer y a la condesa de Sinderet.

Ni el veguer ni la condesa daban crédito a lo que escuchaban con tanto interés. Precisaban confirmar las apocadas suposiciones del militar que había dado la voz de alarma y permanecido en el muro. A petición de la condesa, el veguer envió con diligencia un grupo de jinetes con el propósito de indagar el paradero del conde Bonfill y el de sus dos acompañantes. Asimismo, el responsable del castillo procuraba apaciguar a la condesa Virgilia haciendo uso de amables palabras, aun así no resultaban eficaces porque lo único que anhelaba la noble era el regreso de su esposo sano y salvo.

El grupo de soldados iba tras el rastro de los cascos que se percibían con mayor o menor claridad por el polvoriento camino. Cavilaban diversas conjeturas sobre lo ocurrido y no les era fácil asimilar la pérdida de su señor, si realmente hubiera fallecido. Si era ese el caso, el conde de Sinderet debía haber sido asaltado junto a su escolta, pues en él no era creíble un accidente. «¿Por quién? ¿Quién se había atrevido a llevar a cabo esa acción tan descabellada y por qué motivo? ¿Quién se había atrevido a incumplir el quinto mandamiento de la ley de Dios?» se preguntaban unos a otros.

Las huellas de los cascos, todavía recientes, les condujeron hasta la zona donde se hallaban los dos gruesos maderos apartados al margen del camino. Al apearse de sus caballos, llevaron a cabo un reconocimiento más exhaustivo de aquella parte concreta, su sorpresa fue descubrir una multitud de

vestigios de sangre que se agrupaban en dos bandas completamente diferenciadas, amén de una tercera que daba a entender que los tres cadáveres habían sido arrastrados hacia el tupido bosque.

Así pues, mientras dos soldados sujetaban las bridas de los caballos, los otros seis saltaban con agilidad al terraplén que separaba la espesa floresta del amplio camino de tierra, y se adentraban en la vegetación con el propósito de hallar los restos de los desaparecidos. Al cabo de un rato, la minuciosa exploración dio sus frutos, aunque sentenciaba la ínfima posibilidad de hallarlos con vida. No fue tarea fácil encontrar los cadáveres, ya que los campesinos los habían escondido en mitad de una ligera pendiente oculta entre los frondosos árboles y recubriendo los cuerpos con varias capas de

hojarasca. En sus ropajes se apreciaban manchas formadas por una densa amalgama de tierra y sangre. Pese a su experiencia, los militares se impresionaron al comprobar que todavía mantenían los ojos abiertos, los asesinos no habían tenido la compasión de cerrarlos. Recuperada la compostura, los seis soldados formaron grupos de dos, cogieron los tres cuerpos y se dirigieron hacia el camino, a fin de retornar al lado de sus compañeros y regresar a la fortaleza. Durante todo el recorrido mantuvieron los labios sellados y los ojos humedecidos.

La condesa Virgilia se hallaba muy apesadumbrada. Tenía los ojos rojizos a causa del prolongado llanto derramado tras conocer el fatal desenlace. Cuando vio el cadáver de su esposo no pudo contener las lágrimas. Durante un momento dejó de lado su compostura, y enloquecida se echó al suelo sin importarle su estricta educación. Con sus delicadas manos se cubría el rostro porque no quería que la vieran llorar. Sin embargo, tanto los soldados que ya se encontraban en el patio de armas, así como los sirvientes que llegaron atraídos por los llantos e incluso el veguer sabían que sus sollozos eran perceptibles de todas formas.

Los soldados advirtieron que el cadáver aún permanecía tiznado de sangre y tierra, con los ropajes repletos de jirones. Enfrente permanecía su ilustre señor, el compañero de armas y gobernante de sus feudos, el fiel vasallo y amigo personal del duque de la Gotia, a quien había servido siempre con lealtad. No podía ser de otro modo, porque cuando murió el anterior conde de Sinderet (su padre), él había realizado el juramento de vasallaje del conde Borrell II de Barcelona. Quizá antes de lo esperado, ahora debería recaer esa relevante responsabilidad en favor de su hijo Guillem.

Como si un enorme peso le hubiera caído encima, la condesa Virgilia se alzó con cautela con el propósito de organizar el funeral. Había perdido a su esposo y, por ello, había roto su estabilidad matrimonial y su privilegiada situación social. La noble elucubraba que había sido abandonada por un hombre al que acabó por amar, a pesar de que su matrimonio había sido pactado por sus respectivos progenitores cuando ella todavía era una niña. Con el inesperado óbito, su primogénito se convertiría en el nuevo conde de Sinderet tras el protocolario consentimiento del conde de Barcelona. A pesar de ostentar el título de condesa comprendía que su vida daría un vuelco. Aun así, cavilaba que para ese cambio todavía faltaba mucho tiempo, ahora lo único que le preocupaba era ofrecer a su difunto esposo un emotivo encuentro con Dios.

—Conducidlo a la capilla y colocadlo en el suelo, delante del sagrado altar —la condesa hablaba con voz queda a dos sirvientes, cuyos rostros exhibían una enorme perplejidad al observar el cadáver de su señor.

—¿Qué vais a hacer? —quiso saber el veguer, que manifestaba un profundo respeto.

—Quiero adecentar el cadáver para su entierro, con la intención de que inicie el ansiado camino al mundo celestial —estaba brevemente recuperada de la traumática visión—. En primer lugar, mi deseo es desnudarle y lavar su cuerpo con absoluta deferencia. A continuación, le limpiaré todas las heridas con paños templados, le rociaré el cuerpo con perfume y le vestiré con sus mejores ropajes. Finalmente, tras velarle y recibir el homenaje de sus vasallos, mandaré que lo coloquen en el sepulcro ubicado al lado del de su padre, sujetando la empuñadura de su espada con sus manos.

—Os recuerdo que debéis avisar a vuestros dos hijos: Guillem y Eudald, y también al conde Borrell II.

—Soy consciente de ello, pero me agradecería que os hicierais cargo de todo. Enviad tres mensajeros, cada uno con un detallado escrito donde se explique lo acontecido, incluyendo una invitación especial al funeral de mi esposo. Un legado que se dirija a Barcelona para que lo sepan tanto nuestro señor Borrell II como el obispo Vives, a quien le pediré cortésmente que oficie la celebración religiosa. El segundo, debe encaminarse sin tardanza hacia el monasterio de Santa María de Ripoll, a fin de que su abad facilite el correspondiente permiso a mi hijo menor para que pueda asistir al ceremonial sepelio. Y, por último, el tercero debe presentarse cuanto antes en el castillo de Cabra, donde reside mi hijo Guillem, ocupado en esporádicas luchas contra los musulmanes y en el control de algunos señores conflictivos de esa zona lindante.

Las oportunas disposiciones se llevaron a cabo según lo estipulado. Al cabo de pocos días, como resultado todas las personalidades que habían sido convidadas al entierro arribaban para brindar su último tributo al conde Bonfill de Sinderet.

El primero en aparecer fue Guillem. Al igual que su madre no podía dar crédito a la horrenda muerte de su progenitor. Cuando finalizó de leer el escrito que le había trasladado el mensajero, sintió un insondable abatimiento que le provocó un emotivo llanto pese a su hombría. Al ver a su madre, se apeó de su caballo para abrazarla con especial ternura al tiempo que la rodeaba con sus brazos. La condesa percibía una inusual sensación, pues la presencia de su hijo mayor le colmaba de una maternal felicidad, pero el óbito de su esposo le provocaba asimismo una desmedida aflicción. Al contemplar a su vástago le parecía ver a su esposo: padre e hijo eran muy semejantes físicamente, ambos eran los únicos miembros de la familia que tenían la cabellera rubia. Desde su infancia Guillem se había preparado para ese momento, pero ahora cavilaba que quizá no estaba a la altura para ser el nuevo conde de Sinderet, a pesar de que su padre le había educado bien. Ambos habían gozado de una profunda estima mutua, amén de una misma percepción de su posición social, de sus respectivos derechos y responsabilidades.

Poco después de la llegada del joven, la condesa Virgilia vio aparecer a su hijo menor Eudald. Se abalanzó sobre él con entusiasmo con la intención de abrazarle y besarle en ambas mejillas, lo que provocó que el joven se sonrojara porque ya no estaba habituado a esas muestras de afecto. Desde que su hijo se sumó a la comunidad del monasterio de Santa María de Ripoll no lo había vuelto a ver. Ahora, a sus 15 años, el monje estaba casi irreconocible con su hábito negro, propio de la orden benedictina y su cabeza tonsurada. Eudald había cambiado mucho, no solo físicamente sino también su conducta, en especial su mentalidad. Ya no era ese niño afectivo con su madre durante los primeros años de vida, ahora era un joven en cuyos ojos resaltaba la bondad de su transparente alma, sus cuidadas palabras hacían adivinar su específica educación. Tan solo existía un inconveniente: por haber entregado su alma a Dios debería permanecer de por vida entre los muros del cenobio.

La presencia de los dos hermanos remediaba por unas jornadas la falta de convivencia entre ambos. La estimación mutua se había enfriado hacía muchos años, pues sus caminos se separaron años atrás, marcando el destino de cada uno. El hecho de nacer primero o segundo significaba disfrutar de una vida muy diferente a la otra.

Tras un prolongado desfile de distintas personalidades pertenecientes a ilustres familias de la zona, a primeras horas de la tarde apareció el duque de la Gotia. Le acompañaban su hijo mayor Ramon Borrell y el obispo de Barcelona Vives, además de una escolta integrada por sus más fieles soldados, que fueron recibidos por el veguer para dirigirles a las estancias reservadas para ellos, mientras que sus ilustres señores fueron acogidos con la correcta hospitalidad por la condesa Virgilia.

—Lamento profundamente veros en estas circunstancias —dijo el obispo Vives a la viuda.

—Vuestras palabras me reconfortan y sé que mi esposo se halla en paz, pues Dios le ha llamado a su lado —la mujer le besó el anillo.

Los ocultos sentimientos de los presentes afloraban, ya que la gran mayoría había conocido personalmente al conde Bonfill.

—Yo también quisiera expresaros mis más sentidas condolencias, sabéis mejor que nadie que vuestro esposo era un magnífico vasallo, amén de estar unidos por una férrea amistad. —el conde Borrell II hablaba con franqueza.

—Gracias, sé que mi esposo gozaba de una gran estima por parte vuestra —veía aproximarse a sus dos hijos, que deseaban rendir la oportuna pleitesía al conde y al obispo de Barcelona.

Al anochecer, en la pequeña capilla situada en la torre del homenaje, se celebraba el acto religioso en honor al fallecido conde Bonfill de Sinderet. Durante la devota ceremonia, el obispo Vives destacaba la figura del difunto utilizando adecuadas palabras, cuyo agradecimiento era sentido por los presentes. Leyó varios pasajes de la Biblia y otros fragmentos relevantes de los evangelios —muy acordes con el singular momento—, y terminó su plática comentando que el conde Bonfill era muy afortunado porque podría deleitarse con la compañía de Dios. A su vez, el duque de la Gotia también quiso magnificar la figura de su amigo, dio a conocer unas cuantas experiencias comunes y acabó el sentido homenaje con un profundo silencio, que fue respetado por todos los asistentes.

El momento más difícil de soportar para la condesa fue cuando Guillem y Eudald depositaron el cuerpo de su esposo en el majestuoso sepulcro de piedra. Antes de cerrarlo mediante la pesada lápida, ambos hermanos miraron con los ojos lagrimosos el rígido rostro de su padre, que se ocultó tras un fuerte estruendo provocado por colocación de la voluminosa losa, de ese modo la tumba permanecía sellada para la posteridad.

Al caer la noche muchos de los asistentes al sepelio ya habían retornado a sus respectivos feudos, a excepción del conde Borrell II y su hijo, además del obispo Vives. Los anfitriones les convidaron a pernoctar esa noche en el castillo de Gelida, en esos momentos cada uno se hallaba en sus respectivos aposentos.

En la pequeña capilla aún permanecía la condesa Virgilia en compañía de sus dos vástagos. Estaban arrodillados sobre el frío pavimento. Rezaban con profunda devoción y con sus entumecidas manos acariciaban la fría losa. Transcurrido un prolongado tiempo de silencioso recogimiento, los tres salieron del templo con el propósito de dirigirse hacia

el patio de armas. Alzaron la vista para contemplar el negro manto y la esférica luna, con la fortuna de que sus apenados ojos advirtieron —a la derecha del gran astro nocturno— una estrella que relucía con mayor intensidad que las restantes. La condesa Virgilia sintió que ese astro la observaba con amorosa fijación.

Al día siguiente a mediodía, en la sala principal de la torre del homenaje se iniciaba el acto de investidura de Guillem como nuevo conde de Sinderet. Durante las horas matinales, algunos sirvientes habían dedicado la mayor parte de su tiempo en engalanar la estancia lo mejor posible: colocaron nuevas cortinas de colores intensos, una gran variedad de estéticos tapices y relucientes candelabros, cuyas velas encendidas alumbraban mejor el recinto. Allí permanecían la condesa Virgilia junto a sus dos hijos, el obispo Vives y, por último, el duque de la Gotia y su hijo Ramon Borrell. Todos ellos vestían sus mejores indumentarias porque el protocolo así lo exigía.

—Seguramente penséis, condesa Virgilia —le informó el conde Borrell II— que no es el momento más oportuno para celebrar la ceremonia que está a punto de empezar. Sin embargo, mi deber es salvaguardar todos los compromisos que tenía con vuestro esposo, aunque podría haber esperado unos días prefiero que pasen a vuestro primogénito cuanto antes.

El conde de Barcelona mostraba seriedad debido a la relevancia del acto. Era muy importante, sobre todo en casos de fallecimiento de un titular, que las relaciones entre señor y vasallo no tardasen demasiado en renovarse. Ya fuera este último la misma persona por haber adquirido nuevos feudos, o un familiar a causa de algún óbito.

—No os preocupéis. A pesar de la repentina pérdida de mi esposo, vuestro deber es nombrar a mi hijo conde y vasallo directo vuestro.

El joven noble se situó en el centro de la estancia obedeciendo así los gestos que le indicaba con precisión su señor. Luego se arrodilló delante de él con el semblante serio, exponía una comprensible emoción.

—Guillem de Sinderet, ¿os comprometéis, como hiciera años atrás vuestro padre, a una serie de obligaciones morales, como son ocultar los secretos que os serán revelados confidencialmente, intentar descubrir lo antes posible los planes de ataque enemigo que pudieran acometerse, ofrecerme un caballo si por algún motivo pierdo el mío y, lo más importante, respetar y hacer respetar mi honra? —expuso el conde de Barcelona.

—Me comprometo ante vos y ante Dios —contestó mientras realizaba la *inmixtio manum*.

—Bien. Y ahora, ¿os comprometéis a las obligaciones materiales, siendo las más importantes el prestar el servicio militar aportando el número necesario de soldados y caballos según las dimensiones de vuestros feudos y la duración del servicio, ayudarme a administrar justicia y hacer cumplir la sentencia establecida y, por último, a la donación monetaria en caso de pagar un rescate si fatalmente cayera en cautiverio?

—Sí.

Sin dilación, el duque de la Gotia le entregó unos curiosos objetos que simbolizaban todo el poder necesario y los oportunos medios para el correcto funcionamiento de sus feudos.

—Guillem de Sinderet, además de continuar administrando vuestros actuales territorios heredados de vuestro padre, os hago entrega de nuevas posesiones. Estoy completamente convencido de que sabréis gestionarlas de forma idónea, sin llevar a cabo la felonía.

—Agradezco vuestra muestra de confianza —contestó el joven noble—, vuestra generosidad hacia mi familia y hacia mi propia persona.

Para finalizar la especial celebración el nuevo conde de Sinderet realizó el osculum²⁰, de ese modo cumplía ese peculiar ritual. Surgida de la emoción contenida hasta entonces, con cierta rapidez los asistentes fueron hacia el protagonista para abrazarle.

A media tarde, Eudald retornaba al monasterio de Santa María de Ripoll guardando para sí mismo las jornadas en las que había vuelto a ver a su familia carnal. También regresaron a Barcelona el conde Borrell II junto a su hijo y su escolta de soldados, acompañados de nuevo por el obispo Vives. Incluso, Guillem partía poco después en dirección al castillo de Cabra —confortado con el efusivo abrazo que le propinó su madre—, ya que los ataques musulmanes se habían recrudecido en esa parte de la frontera.